

POEMAS

por PROF. MARGARITA S. DE BALMACEDA

TEMPUS FUGIT

(el tiempo que huye)

*Se escapó mi mirada fugitiva
por el correr del tiempo indiferente
- como un dolor de corazón enfermo -
Algo apretó mi pecho fuertemente,
deshojando los sueños de mis rosas,
dejando sólo las místicas semillas...*

4 de julio de 1983

Madrid

POEMAS DE LA VIDA COMPARTIDA

dedicados a mi esposo

POEMA UNO

*El privilegio de vivir contigo
se ha adueñado de mí
robándole las penas a mi angustia
y haciéndome feliz.
La aventura más grande de mi vida:
contigo compartir.*

16 de agosto de 1983

Palma

POEMA DOS

No eres carne,
ni alma,
eres: eterno interrogante
que colocó el destino,
desnudo, entre mis brazos
con tu única pregunta —
que hice mía también.

28 de junio de 1983
Madrid

POEMA TRES

Compañero de cama y de vida,
dulce
hierba
aromática
fiel.

Si un milagro te puso en mi mesa
sólo con la muerte,

¡te renunciaré!

18 de junio de 1983
Puerto Rico

POEMA CUATRO

(vida breve)

Hoy te sentí mío
como una sonrisa,
como una paloma,
como ola de mar.

Hoy te sentí mío por unos instantes
¡Qué corta es la vida...!

¿Te me fugarás?

18 de junio de 1983
Puerto Rico

DECIMAS

por SR LUIS ANGEL CHAMORRO

...A PRIMERA VISTA

Luz, te asomaste al bohío
cual luz que ilumina el alba
sin entrar, tócame el alma
para olvidar el ser mío.
Mi llanto será rocío
y con mi canto asonante,
cuando sale el Asomante
rechazo tal esplendor
proque me quema el dolor
de verte, mas no tocarte.

Luz, he tenido el valor
de hojear un libro amigo
y con él he aprendido
a declararte mi amor.
Mi canto es de trovador
en versos en consonante,
si la locura de amarte
es un tenaz desafío,
resistiré el dolor mío
de verte mas no tocarte.

Quiero a veces ser tu amo,
mas libre mi pensamiento,
libre, libre como el viento,
pero quiero ser tu esclavo.
Pasa el tiempo tan pausado,
Luz de resplandor distante;
he decidido esperarte,
ser paciente, ¿es ser audaz?
Porque no resisto más
el verte mas no tocarte.

Luz, te asomaste al bohío
ignorando que en el alba
al pasar tocaste un alma
dejando un hombre sombrío.
Yo quisiera ser el río,
tú mar y en un breve instante,
cual río al mar, abrazarte,
dejar esta vida mustia
y así terminar la angustia
de verte mas no tocarte.

CUENTO

por PROF. EVALINA SANTIAGO DE FIGUEROA

SOLO EN LA NOCHE

Había perdido la noción del tiempo y del espacio. Llevaba no sé cuántos días sentado en el poyo que había en el batey.

Mirábalo todo, pero sin ver. Los hilos de su alma los sentía fatigados, quebrados.

A cada minuto elevaba sus preces al cielo verde. Le dolían las pupilas, las sentía arder de fijarlas hacia lo infinito. De vez en cuando chocaba con algún lucero, que ofuscado con la luna, le obsequiaba doradas sonrisas intermitentes. La luna, roja de vergüenza, fue a ocultarse tras una nivea cortina de cendal.

Se puso de pie. Estaba deshecho. Parecía que lo habían pasado por una máquina trituradora.

Se acercó al niño. Su frente ardía. Su sueño, inquieto. Buscaba aire. Tratava de abrir los ojos, pero...

Había que hacer algo. El niño empeoraba, se moría.

— ¡Qué lejos estamos de la ciudad! Lo llevaré al hospital.

— Son las tres de la madrugada.

— No impolta, no puedo esperal más. La fiebre no cede.

Llevaba horas caminando. Con el niño muy apretado contra su pecho. Levantaba la sábana que lo cubría para comprobar que respiraba.

Al cruzar la quebrada, percibió unos ruidos extraños. Eran como unas pisadas triturando hojas secas. Se detuvo unos instantes. A su lado pudo observar que había una sombra, que trataba de ocultarse tras una bruma espesa. Se erizó. Un frío de nieve fue apoderándose de él. Apretó más fuerte la carga tan amada.

Comenzó a caer una lluvia fina, menuda, que al posarse sobre las hojas formaban un bello conjunto de filigrana.

— No puedo pelmitil que se moje, de lo contrario sería fatal.

Cortó una hermosa hoja de plátano que le serviría de sombrilla.

Sólo cubriría al niño. El, él no importaba.

— ¡Qué lejos se ha hecho todo!

No necesitaba luz. Conocía el camino, sin embargo, una luna, que sabía

de su angustia, de su dolor le alumbraba el camino, lo conducía bondadosamente.

Otra vez la maldita sombra. Ahora no se ocultaba, sino, se dejaba ver. Tenía cara de lechuza y patas de cabro. Lo miraba de reojo. Movía sus labios dejando escapar una jerigonza. Se mecía en el aire con un ritmo lento, pausado. Movi6 de nuevo los labios para decirle:

— Regresa. ¡Es demasiado tarde! ¡Regresa!

— ¡Sombra maldita! ¡Qué sabes tú?

Se aproximaba a la carretera. Era cuestión de esperar un automóvil que lo condujera al hospital.

Sonrió vagamente. Había esperanzas. Ya estaba más cerca.

Volvió a levantar la sábana que cubría al niño. Su carita estaba pálida, parecía un cirio indefenso. Su respiración se acertaba.

— ¡Oh, Señor! Por los clavos de tu cruz, por las espinas de tu corona, déjalo conmigo. El sólo sabe de dos primaveras.

Deseaba llorar, pero el pequeño manantial de sus pupilas habíase agotado.

Esperaba con ansiedad. Hubiera querido cercenar el tiempo. Su angustia era tan grande como su dolor.

Transcurrieron dos días. Dos días, largos e interminables. Dos días que llevaba fijos en aquella puerta blanca y mustia como su alma.

— Puede usted pasar, señor.

Lo vio. Estaba quieto. Sintió que millares de agujas se incrustaban en su garganta, que su cabeza se la había tragado su cuello, para siempre, para toda la vida.

Iba cabizbajo, con los hombros caídos, sin deseos de vivir, pero...

La familia lo esperaba ansiosa. Uno de ellos preguntó:

— ¡Oye, Pa! ¿Dónde está Rubén?

Levantó el dedo índice apuntando hacia arriba, hacia arriba...

— Se fue a jugal con los querubines.

NUESTROS COLABORADORES

- Alfonso Borrero Cabal, SJ** - Jesuíta. Arquitecto, matemático, filósofo y teólogo en el sentido amplio de estos términos. Posee una Maestría en Historia de la arquitectura y planeación institucional. Es Director Ejecutivo de la Asociación Colombiana de Universidades y es miembro del Consejo Nacional de Educación de Colombia. Ha publicado trabajos sobre temas educativos.
- Mario Casañas** - Se doctoró en Filosofía por la Universidad Católica de Lovaina con una tesis sobre Karl Jaspers. Actualmente enseña en varios centros educativos de Bruselas, Bélgica. Medita particularmente el problema del nihilismo en el mundo actual y sobre la posibilidad de una respuesta cristiana no autoritaria. Se prepara también para recibir cristianamente la bomba atómica.
- Javier Ciordia Muguerra** - Cursó estudios de Filosofía y Teología en la Universidad Pontificia de Salamanca, donde también obtuvo una Licenciatura en Educación. Posteriormente ha obtenido el doctorado en Estudios Hispánicos por la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras. En la actualidad es Director del Departamento de Español en el Colegio Universitario Tecnológico de la Universidad de Puerto Rico en Ponce.
- Theodore Creedman** - Posee un Doctorado de la Universidad de Maryland con una tesis sobre la historia política de Costa Rica, donde residió por varios años. Al presente es profesor en la Universidad Interamericana, Colegio de Aguadilla.
- Luis Angel Chamorro** - Se desempeña como Auxiliar de Compras y Suministros en el Colegio Universitario Tecnológico de la Universidad de Puerto Rico en Ponce. Compone décimas en su tiempo libre.
- P. Carmelo de Jesús** - Carmelita Teresiano. Es Licenciado en Filosofía y Teología y Diplomado en Humanidades por la Universidad Pontificia de Salamanca. Es Catedrático adjunto de la Universidad Católica de Puerto Rico en Ponce, en el Departamento de Filosofía y Teología.

DECIMAS

por SR LUIS ANGEL CHAMORRO

...A PRIMERA VISTA

*Luz, te asomaste al bohío
cual luz que ilumina el alba
sin entrar, tócame el alma
para olvidar el ser mío.
Mi llanto será rocío
y con mi canto asonante,
cuando sale el Asomante
rechazo tal esplendor
proque me quema el dolor
de verte, mas no tocarte.*

*Luz, he tenido el valor
de hojear un libro amigo
y con él he aprendido
a declararte mi amor.
Mi canto es de trovador
en versos en consonante,
si la locura de amarte
es un tenaz desafío,
resistiré el dolor mío
de verte mas no tocarte.*

*Quiero a veces ser tu amo,
mas libre mi pensamiento,
libre, libre como el viento,
pero quiero ser tu esclavo.
Pasa el tiempo tan pausado,
Luz de resplandor distante;
he decidido esperarte,
ser paciente, ¿es ser audaz?
Porque no resisto más
el verte mas no tocarte.*

*Luz, te asomaste al bohío
ignorando que en el alba
al pasar tocaste un alma
dejando un hombre sombrío.
Yo quisiera ser el río,
tú mar y en un breve instante,
cual río al mar, abrazarte,
dejar esta vida mustia
y así terminar la angustia
de verte mas no tocarte.*

CUENTO

por PROF. EVALINA SANTIAGO DE FIGUEROA

SOLO EN LA NOCHE

Había perdido la noción del tiempo y del espacio. Llevaba no sé cuántos días sentado en el poyo que había en el batey.

Miráballo todo, pero sin ver. Los hilos de su alma los sentía fatigados, quebrados.

A cada minuto elevaba sus preces al cielo verde. Le dolían las pupilas, las sentía arder de fijarlas hacia lo infinito. De vez en cuando chocaba con algún lucero, que ofuscado con la luna, le obsequiaba doradas sonrisas intermitentes. La luna, roja de vergüenza, fue a ocultarse tras una nivea cortina de cendal.

Se puso de pie. Estaba deshecho. Parecía que lo habían pasado por una máquina trituradora.

Se acercó al niño. Su frente ardía. Su sueño, inquieto. Buscaba aire. Tratava de abrir los ojos, pero...

Había que hacer algo. El niño empeoraba, se moría.

— ¡Qué lejos estamos de la ciudad! Lo llevaré al hospital.

— Son las tres de la madrugada.

— No importa, no puedo esperar más. La fiebre no cede.

Llevaba horas caminando. Con el niño muy apretado contra su pecho. Levantaba la sábana que lo cubría para comprobar que respiraba.

Al cruzar la quebrada, percibió unos ruidos extraños. Eran como unas pisadas triturando hojas secas. Se detuvo unos instantes. A su lado pudo observar que había una sombra, que trataba de ocultarse tras una bruma espesa. Se erizó. Un frío de nieve fue apoderándose de él. Apretó más fuerte la carga tan amada.

Comenzó a caer una lluvia fina, menuda, que al posarse sobre las hojas formaban un bello conjunto de filigrana.

— No puedo permitir que se moje, de lo contrario sería fatal.

Cortó una hermosa hoja de plátano que le serviría de sombrilla.

Sólo cubriría al niño. El, él no importaba.

— ¡Qué lejos se ha hecho todo!

No necesitaba luz. Conocía el camino, sin embargo, una luna, que sabía

de su angustia, de su dolor le alumbraba el camino, lo conducía bondadosamente.

Otra vez la maldita sombra. Ahora no se ocultaba, sino, se dejaba ver. Tenía cara de lechuza y patas de cabro. Lo miraba de reojo. Movía sus labios dejando escapar una jerigonza. Se mecía en el aire con un ritmo lento, pausado. Movi6 de nuevo los labios para decirle:

— Regresa. ¡Es demasiado tarde! ¡Regresa!

— ¡Sombra maldita! ¡Qué sabes tú?

Se aproximaba a la carretera. Era cuestión de esperar un automóvil que lo condujera al hospital.

Sonrió vagamente. Había esperanzas. Ya estaba más cerca.

Volvió a levantar la sábana que cubría al niño. Su carita estaba pálida, parecía un cirio indefenso. Su respiración se acortaba.

— ¡Oh, Señor! Por los clavos de tu cruz, por las espinas de tu corona, déjalo conmigo. El sólo sabe de dos primaveras.

Deseaba llorar, pero el pequeño manantial de sus pupilas habíase agotado.

Esperaba con ansiedad. Hubiera querido cercenar el tiempo. Su angustia era tan grande como su dolor.

Transcurrieron dos días. Dos días, largos e interminables. Dos días que llevaba fijos en aquella puerta blanca y mustia como su alma.

— Puede usted pasar, señor.

Lo vio. Estaba quieto. Sintió que millares de agujas se incrustaban en su garganta, que su cabeza se la había tragado su cuello, para siempre, para toda la vida.

Iba cabizbajo, con los hombros caídos, sin deseos de vivir, pero...

La familia lo esperaba ansiosa. Uno de ellos preguntó:

— ¡Oye, Pa! ¿Dónde está Rubén?

Levantó el dedo índice apuntando hacia arriba, hacia arriba...

— Se fue a jugar con los querubines.